



UN SUDARIO DE HIEDRA

JOSÉ MARÍA LATORRE

El veintidós de diciembre de 1934, los Cavendham, la familia más poderosa de Cornualles, regresaron a su residencia de Falmouth después de haber permanecido en Egipto durante más de cuatro meses dedicados a la búsqueda de tumbas pertenecientes al entorno de la reina Hotepheres, un ambicioso empeño en el que ya había fracasado numerosos arqueólogos.

Pocos días después, los miembros de esta familia van falleciendo, uno a uno. Los cadáveres desaparecen de la cripta en la que son enterrados y el pánico se apodera de los supervivientes, convencidos de que víctimas de una maldición.

En un último intento por salvar su vida, *Sir Arthur Cavendham* contrata al famoso detective *Henry Saville* para resolver el misterio.

A la memoria de mi querido amigo
Miguel Ángel Diéguez (1943-2003).

Existen otros seres que conocen los caminos de la vida y sienten curiosidad por los senderos de la muerte.

Villiers de L'Isle-Adam

¡Te callarás de una vez, oh, voz siniestra de los vivos!

Leconte de Lisie

Tras un terror viene otro, igual que una hoja debajo de otra hoja, y por muchas que se arranquen siempre hallamos otra nueva debajo, y la última que se llama la muerte.

Dino Buzzati

Introducción

—Sólo la naturaleza tiene la eternidad por delante, Mister Saville..., yo no soy más que un ser humano y tengo los días contados. Por ello no puedo esperar a que tome una decisión con respecto a lo que le he pedido. Como les gusta decir a los italianos, *il tempo passa e passa la vita...*

Al decir eso, Sir Arthur Cavendham fijó con mayor insistencia en Henry Saville la mirada de sus ojos azules, bajo los cuales se habían formado dos bolsas de color violáceo características de quienes cargan con el peso de un fuerte sufrimiento físico o padecen insomnio crónico. A pesar de la altivez de su porte, su mirada tenía algo de suplicante y contradecía el perentorio tono de sus palabras.

—¿Y bien? —añadió.

—Acabo de decirle que le daré mañana mi respuesta —repuso Saville sin mostrar ninguna emoción—. No puedo decirle nada más porque tengo por norma no hacerme cargo de un caso hasta que he dedicado varias horas a reflexionar sobre él... Usted y yo nos conocemos desde hace una hora, trece minutos y diez segundos, y hace poco que ha acabado de contarme lo que sucede, todavía no he tenido tiempo suficiente para asimilarlo —concluyó consultando su reloj.

—¿Es su última palabra?

—En este momento no estoy en condiciones de darle otra, pero tenga la seguridad de que mañana recibiré mi

respuesta.

—Tal vez sea demasiado tarde. Me espera toda una noche por delante —dijo *Sir Arthur*, sombrío.

—¿También teme por su vida estando en Londres? —le preguntó Saville mirándole con insistencia.

Su interlocutor no respondió, pero entornó los ojos como si esa idea le provocara horror y tratara de ahuyentarla.

—Ha dicho que las muertes de su padre y su tío han acaecido durante las dos últimas semanas, ¿no?

—La de mi padre fue hace diez días. Mi tío, *Sir Thomas*, murió hace dos. Lo enterramos ayer.

—Déjeme que compruebe las notas que he ido tomando mientras usted hablaba, pues me disgustaría que hubiera algún dato incorrecto: la tumba de su padre apareció profanada, el cadáver había desaparecido y aún no ha sido encontrado —dijo Saville consultando una cuartilla.

—En efecto.

—¿Y qué le hace pensar que usted puede morir hoy?

—Esta noche... mañana..., pasado mañana..., lo cierto es que alguien va a asesinarme en cualquier momento. Y no se trata sólo de mí: como sabe por lo que acabo de contarle, a mi alrededor hay otras personas que están en la misma situación que yo —repuso mirando la ventana de la salita, detrás de la cual se veía caer la lluvia, que se abatía sobre la ciudad desde el alba y ponía manchas de perla en la grisura del día.

—No, *Sir Arthur*, nadie le matará, ni a usted ni a nadie, si yo, Henry Saville, me hago cargo del asunto.

—He ahí una razón de más para que lo acepte —insistió con un brillo de esperanza en los ojos; por un instante pareció recuperar su altivez—. *Sir Michael Maswick* me dijo que usted es el mejor investigador de Londres.

—*Sir Michael* es muy amable... ¿Sigue asociando usted lo sucedido con su expedición a Egipto? Por favor, recuérdeme cuándo volvieron a su casa.

—Unos días antes de Navidad, el diecinueve de diciembre, hace algo más de dos semanas.

Después de oír eso, Saville apagó en un cenicero de bronce el cigarrillo que estaba fumando y se levantó, dando por terminada la entrevista. *Sir Arthur* lo imitó.

—Haré una excepción con usted —dijo Saville mientras acompañaba a su visitante hasta la puerta de la habitación y le tendía cortésmente el gabán que estaba colgado en la percha—. No esperaré a mañana, le diré algo esta misma tarde.

—En cuanto a los honorarios...

—¡Aún no le he dicho si acepto! Y tenga en cuenta que no los determino hasta el final.

Sir Arthur Cavendham asintió con la cabeza y se mordió los labios como si se arrepintiera de haber hablado de eso.

—¿A qué hora le parece conveniente que venga a verle? —preguntó.

—¿En qué hotel se aloja cuando está en Londres?

—En el *Ambassador*.

—Iré a verle allí a las seis y media —le dijo el investigador estrechando su mano.

Este fue el final de la conversación que mi amigo Saville mantuvo con *Sir Arthur*, el más joven de los varones Cavendham, la aristocrática familia de arqueólogos residente en Comualles, conversación de la que me enteré poco después de que se hubiera efectuado, cuando Henry me hizo ir a su casa tras haberme telefoneado pidiéndome que fuera a verlo cuanto antes. Entonces yo estaba lejos de pensar que la llamada de mi amigo iba a abrir para mí las puertas del período más extraño y aterrador de mi existencia.

Mi nombre es John Hadley, tengo veintisiete años y soy egiptólogo. Este fue el motivo de que Saville me llamara con tal premura y adiviné que se proponía hablarme de algún caso relacionado con mi profesión porque me pidió que llevara conmigo unos volúmenes de mi biblioteca, en concreto varios ejemplares del *Journal of Egyptian Archa-*

elogy, el controvertido libro de Theodore Davis *The Tombs of Harmhabi and Toutankhamanou* y el más reciente *Seventy Years of Archeology*, de W. M. Flinders Petrie. Lo que añadió al despedirse antes de colgar no me sorprendió porque creía conocerlo bien:

—Necesito también algunas cosas más sensacionalistas, pero esas me las procuraré yo mismo.

Aquella mañana la lluvia caía con tal intensidad que, llevado de mi amor por los libros, aunque hice el trayecto en coche, protegí cuidadosamente en una bolsa los que me había solicitado mi amigo. En cuanto entré en su casa me dijo que debía contarme algo de gran interés, pero antes de hacerlo me hizo dejar los libros encima de un sillón y preguntó:

—¿Tienes proyectado salir de viaje en los próximos días?

—Mi querido Henry..., acabo de regresar de El Cairo y quiero tomarme una temporada de reposo, poniendo en orden mis últimos apuntes. Sabes que en el fondo soy un hombre metódico.

—Perfecto —repuso, encendiendo un cigarrillo—. En tal caso no creo que te desagrade mi propuesta, y menos aún después de lo que vas a oír —hizo una pausa para lanzar parsimoniosamente una bocanada de humo hacia el techo—. ¿Qué tal te vendría pasar unos días en Cornualles, en la residencia de la familia Cavendham? Puedo conseguir que te inviten hoy mismo.

Por supuesto, yo conocía a los Cavendham, dado que no éramos muchos los que nos dedicábamos en Inglaterra a la egiptología, pero lo cierto es que no habíamos tenido ocasión de hablar porque siempre trataban de ignorar a los demás. Eran tan petulantes en su conducta y en sus declaraciones que llegaban a resultar desagradables. En mi opinión, la petulancia debe estar ausente de cualquier trabajo de investigación, sobre todo cuando éste mira a un pasado remoto, cosa que requiere una buena dosis de humildad.

Por otra parte, había leído en los periódicos la noticia de la muerte de dos de los Cavendham, *Sir James* y *Sir Thomas*, a las que, ante mi extrañeza, no habían dedicado sin embargo mucho espacio.

—¿Estás seguro? —no pude evitar mostrarme sorprendido—. Por lo que he leído, sé que están viviendo unos días luctuosos.

—¿Ah sí? Te felicito por estar tan bien informado —repuso con ironía.

Henry no dejaba pasar ninguna oportunidad de mostrarse sardónico con la prensa, a la que sólo recurría cuando, según sus propias palabras, estaba aburrido o no tenía otra solución.

—Mi presencia podría ser intempestiva, no creo que les agrade recibir a extraños —apunté.

—Al contrario. Si estás de acuerdo, y te lo pido como un favor personal, esta misma tarde quedarás invitado y mañana podrás estar allí... Ahora, escucha...

Y esto fue lo que me contó mi amigo, si bien me he permitido poner cierto orden en su información y añadir algunos comentarios personales.

1. El misterio Canvendham

El veintidós de diciembre de 1934, los Cavendham, la familia más poderosa de Cornualles y una de las más ricas del país, regresaron a su residencia de Falmouth después de haber permanecido en Egipto durante más de cuatro meses dedicados a la búsqueda de tumbas pertenecientes al entorno de la reina Hotepheres, un ambicioso empeño en el que ya habían fracasado numerosos arqueólogos. (Permítaseme aventurar que lo hicieron movidos por su insaciable vanidad, porque para los Cavendham no contaba ningún egiptólogo que no llevara su apellido o estuviera emparentado con ellos). En realidad, su regreso había tenido lugar el diecinueve de diciembre, pero se habían quedado unos días en Londres con objeto de entregar al Museo Británico unas extrañas reliquias que habían traído de su viaje.

Los Cavendham habían fracasado en su objetivo, igual que los anteriores buscadores, pero encontraron el sepulcro vacío de un personaje del antiguo Egipto, si bien el hecho de no poder descifrar las inscripciones que había en la tumba les impidió verificar de quién se trataba. Mediante sustanciosos sobornos a unos funcionarios corruptos, habían conseguido sacar del país el sarcófago y varias reliquias halladas en el sepulcro, algunas de ellas muy valiosas por cuanto tenían de desconocidas para los egiptólogos. No se trataba de cofres canopos, ni de tazas de *fagenza*, ni de estatuas de Anubis, ni de amuletos de los hijos de Ho-

rus, ni de vasijas, piedras preciosas o collares, ni de recipientes para aceites sagrados, objetos éstos que suelen ser encontrados habitualmente en las antiguas tumbas, sino de unas raras miniaturas. El más corriente de tales hallazgos fue una diminuta estatua de Isis. Tres de esas reliquias desaparecieron durante el viaje de regreso a Inglaterra, según *Sir Arthur*, las más curiosas.

La expedición había estado formada por los Cavendham al completo: *Sir James*; los hermanos de éste, *Sir Thomas* y *Sir Lawrence*; y los tres hijos de *Sir James*: *Arthur*, *Alice* y *Helen*, ésta acompañada por su marido, *Albert Berwick*. Habían ido con ellos la doncella y dos criados (cosa infrecuente entre los arqueólogos, porque solemos ser personas con poco dinero, pero los Cavendham eran una excepción en todo), e incluso se habían permitido contratar a un cocinero.

Las reliquias habían sido examinadas por los expertos del Museo, pero casi todos mostraron su desconcierto por tratarse de unas piezas funerarias poco corrientes (a excepción, claro está, de la estatuilla de Isis), y por eso acordaron estudiarlas con más detenimiento una vez transcurridos los días navideños, fijándose para ello la fecha del dieciséis de enero. Sería entonces cuando *Sir Thomas* y *Alice*, tío y sobrina, sin duda los mejores conocedores de la antigüedad egipcia de entre todos los Cavendham, colaborarían con ellos para tratar de fijar la naturaleza de los hallazgos. No obstante, uno de los expertos del Museo, *Ronald Harvey*, se había permitido aventurar que podía tratarse de objetos vinculados con el Egipto predinástico, y tal vez con una de sus leyendas más oscuras.

Durante varios días no sucedió nada en la residencia de los Cavendham. El tiempo transcurrió con esa monótona placidez que distingue a la rutina cotidiana, sobre todo cuando sigue a un largo y ajetreado viaje, y llegó el nuevo año. Para entonces, tío y sobrina habían dedicado ya muchas horas a consultar los libros sobre egiptología que te-

nían en su vasta biblioteca, estudiando todo cuanto estaba relacionado con el período al que parecían pertenecer las reliquias. No obstante, no llegaron a sacar nada en claro, si bien *Sir Thomas* se permitió poner en duda que fueran unas reliquias sagradas como habían creído en un principio.

Fue el seis de enero cuando *Sir James* experimentó un profundo malestar. Por la mañana se quejó de que no había podido conciliar el sueño y de que, al intentar levantarse del lecho, había notado una angustiosa sensación de vértigo y una pesadez que le impedía mover las piernas, aparte de fuertes dolores abdominales. No comió en todo el día y por la noche despertó a la familia con sus gritos. Temerosos de que hubiera sufrido un ataque, el resto de los Cavendham fueron corriendo al dormitorio de *Sir James*, donde hallaron a éste en el suelo, con el rostro violáceo, la lengua asomando fuera de la boca y el cuerpo agitado por convulsiones. Su reacción fue tenderlo en la cama y avisar al médico de la familia, quien comprobó que el enfermo era incapaz de mover ni siquiera un brazo y tenía cuarenta y un grados de temperatura corporal.

Tras un minucioso examen de *Sir James*, el médico, un escocés llamado McMillan, dictaminó un estado febril, acompañado de agitación nerviosa, y le recetó unos fuertes medicamentos, que uno de los criados se apresuró a ir a comprar a la ciudad, pues la residencia de los Cavendham distaba unas veinte millas de ésta.

La medicación resultó poco efectiva. La temperatura del enfermo no bajó a lo largo del día ni una décima de los cuarenta y un grados, y *Sir James*, con los ojos desmesuradamente abiertos —*Sir Arthur* hizo hincapié en eso: *desmesuradamente abiertos*—, no hizo sino balbucir frases incoherentes. La familia, asustada, le solicitó al médico que se quedara a pasar la noche con el fin de que pudiera atender mejor al enfermo, y la doncella, Sarah, fue encargada de velarlo sentada en un rincón del dormitorio.

Los esfuerzos de los Cavendham y del doctor McMillan resultaron vanos: cuando, al punto de la mañana, el médico y Alice entraron en el dormitorio de *Sir James*, encontraron muerto al enfermo y profundamente dormida a la doncella, quien fue acusada de negligencia y despedida en el acto. El doctor no pudo hacer otra cosa que certificar la defunción.

Toda la excitación causada por la prolongada estancia en Egipto y por el hallazgo de la tumba y las reliquias se esfumó. Se hicieron los preparativos para el entierro en la cripta familiar, el cual, en contra de lo acostumbrado en el país, tuvo lugar al siguiente día, poco después del alba. No se advirtió de él a las autoridades ni a los amigos, ya que, dadas las circunstancias, los Cavendham prefirieron una ceremonia íntima, aunque sí se comunicó la noticia a la prensa.

El fallecimiento de *Sir James* cayó como una losa sobre la mansión porque fue a enturbiar el final de un período que los Cavendham consideraban satisfactorio en sus actividades. Alice, la más joven de las hijas del muerto, llegó a preguntarse en voz alta si su padre no habría contraído una fiebre maligna en Egipto, pero los demás rechazaron la idea porque, de ser así, se habrían visto afectados todos ellos.

A la mañana siguiente, uno de los criados. Harold, salió del pabellón en el que dormía la servidumbre, a un costado de la mansión, al vastísimo parque que la rodeaba, con el fin de atender las plantas del invernadero, pues desde un tiempo atrás alternaba los trabajos de la casa y la jardinería, y encontró abierta la puerta de la capilla, a cuyo fondo se hallaba la entrada a la cripta. Y no sólo estaba abierta la puerta, también la cancela de verjas. Cuando, movido por un presentimiento —declaró—, entró en la cripta, quedó paralizado de horror al encontrar en el suelo el ataúd que contenía los restos de *Sir James*. El cadáver había desaparecido.

Su primera reacción fue mirar en el nicho que había contenido el féretro, como si dudara de lo que acababa de ver y esperara descubrir el cuerpo dentro de la oscuridad, pero no encontró más que vacío. Después, abandonó corriendo la cripta y no se detuvo hasta encontrarse delante del viejo *Sir Thomas*, el hermano mayor del fallecido, a quien le contó entre jadeos lo que había descubierto.

Sir Thomas no fue a buscar a ningún otro miembro de la familia; salió con el criado para ir a la cripta. Una vez allí, comprobó que Harold no le había mentado. El ataúd de caoba, lujosamente tallado y forrado en su interior con seda y terciopelo violeta, estaba vacío. Aunque la cripta tenía una gran extensión, ya que, aparte del espacio reservado para las tumbas —las más antiguas de las cuales se remontaban al siglo diecisiete—, había un largo y estrecho pasadizo que comunicaba con la mansión, *Sir Thomas* buscó por todos los rincones con la ayuda de un candelabro. No encontró el cadáver. Lo único que en ese momento dejó sin explorar fue el pasadizo. De regreso a la casa reunió al resto de la familia con objeto de explicarles lo sucedido y comentó que desde su infancia no había recorrido el pasadizo de la cripta y que lo recordaba como un espacio inextricable.

El misterioso hecho colmó de horror a los Cavendham. *Sir Lawrence* y *Sir Arthur* sugirieron la posibilidad de que hubiera sido obra de un ladrón de tumbas, pero Helen y Alice recordaron que *Sir James* había sido inhumado sin ningún objeto de valor, ni siquiera uno de sus numerosos anillos de oro y lapislázuli. Fue Alice quien apuntó la conveniencia de avisar a la policía local, mas el hermano menor del fallecido, *Sir Lawrence*, dijo que antes de hacer eso había que inspeccionar detenidamente el pasadizo y el parque.

—Haya sido quien haya sido —comentó—, lo más probable es que dejara el cuerpo tirado en cualquier lugar al darse cuenta de que mi hermano no llevaba encima nada

valioso. Si lo encontramos, como así creo, evitaremos que la noticia aparezca publicada en la prensa. No me gustaría ver nuestro apellido mezclado en un suceso de estas características.

Sir Lawrence y *Sir Arthur* se encargaron de volver a buscar por la cripta y de recorrer el pasadizo mientras Helen, Albert, Alice y *Sir Thomas* hicieron otro tanto por el parque. Ni unos ni otros hallaron el cadáver.

A pesar de las grandes dimensiones del parque, en el que había también un estanque, un quiosco de música, un invernadero y una caseta que años atrás había sido residencia del jardinero, tío y sobrino tardaron mucho más en inspeccionar la cripta y el pasadizo, éste lleno de agujeros y recovecos, y salieron de allí con las ropas manchadas de polvo y sin haber encontrado lo que buscaban.

—Es cierto lo que antes ha dicho tío Thomas —comentó *Sir Arthur*—, no puedes estar seguro de haber registrado por entero ese maldito pasadizo.

El resto fue inevitable: hubo que telefonar a la policía de Falmouth, cuyo jefe, el inspector Bell, se presentó poco después en la mansión acompañado por dos agentes.

Tras haber escuchado las declaraciones de los Cavendham, el inspector Bell interrogó al criado Harold. Y más tarde inspeccionó personalmente la cripta y el parque, sin que luego acertara a formular ninguna teoría sobre lo que había acontecido. Parecía tan desconcertado como los demás.

Pasaron unos días sin que la situación cambiara. El cuerpo no apareció y los Cavendham estaban de un humor sombrío, preocupados también por el escándalo que, como había comentado *Sir Lawrence*, podría afectar a su apellido. En efecto, alguien —probablemente uno de los policías— debió de comentar a otra persona en la ciudad que había desaparecido el cadáver de *Sir James*, y acabaron presentándose en la casa dos periodistas, los cuales fueron despachados con malos modales por *Sir Lawrence*, quien